

Para una temporada fría:

No podemos dejar que se nos congele el corazón

En un invierno no solo climático, sino que también, en nuestra vida eclesial, no podemos esperar que se nos congele el alma. Por eso debemos tomar algunas medidas espirituales, necesarias para enfrentar este período, que es un:

Tiempo de escucha. Ya que escuchar supone entrar en contacto con los demás, con Dios, y con uno mismo, pero **desde una apertura del corazón**. Escuchar, es auscultar lo que nos pasa. Y sobre todo en este tiempo se hace muy necesario poner atención a lo que sentimos, a aquello que nos inquieta, que nos duele, y nos abruma. Solo quien se hace consciente de lo propio, podrá comprender realmente lo que le pasa a los demás. Para el creyente es muy necesario aprender este arte; en efecto, en la síntesis de la ley encontramos que el *“amarás al Señor tu Dios con toda tu alma...”* comienza justamente con un imperativo muy claro: *“Escucha, Israel...”* (Dt 6,4). Es decir, amar a Dios por sobre todas las cosas, supone como primer acto, o como condición necesaria para llegar al puerto, navegar por las aguas de la “escucha”. Es así, como nos preguntamos ¿Qué nos estará queriendo decir el Señor en este tiempo? ¿logramos sintonizar con su voz? ¿Se nos hace audible? o quizás se nos hace menos perceptible esa voz. Es cierto, que no es cosa fácil poder descifrar su voz, pero no es menos cierto que se hace imperioso tratar y buscar cómo escucharla. En esta hora **el silencio** que debió buscar Elías, en el monte Horeb (1Re 19,1-13), para conectarse realmente con el Señor, consigo mismo, y también con los otros, nos llama y nos invita a hacernos parte de los dolores de los demás. Quien escucha logra entender lo que se le pide, quien no escucha es movido torpemente por sus propios impulsos enceguecidos, y no logra comprender el sentido de sus propias acciones.

Es un tiempo de discernimiento. El discernimiento es la gran condición para quien busca distinguir, o examinar. San Pablo dice que debemos *examinarlo todo y quedarnos con lo bueno* (1Tes 5,1). Entonces, **examinar** no es solo poner a prueba las cosas; que es la actitud recurrente de quien pone en duda todo. Sino que se trata del esfuerzo de **analizar la realidad**, pero **con la luz del Espíritu**. El cual, si le pedimos con fe, nos da la claridad que necesitamos para **saber ver**. Lo que no consiste solo en mirar, sino que **en ver y captar los matices de las cosas**. En la actualidad se hace necesario el ejercicio del discernimiento. El cual permite buscar los caminos del bien que todos queremos. En efecto, sin discernimiento, muchas veces se ha confundido el bien con el mal, la verdad con la mentira; con lo cual perdemos toda dimensión de la realidad. Por tanto, discernir nos permite ejercitarnos en la búsqueda de horizontes; para caminar en confianza, y ayudar a los demás a entrar en esta lógica; ya que, si los demás nos ven siendo prudentes y ponderados en nuestros juicios, también gustaran del ejercicio de buscar en las profundidades, y no solo en la superficie de las cosas.

Es un tiempo de la confianza plena en el Señor; porque es Él, en su infinito poder quien nos llevará a la verdad plena (Jn 16,13); y, aunque esto suponga muchas realidades duras y dolorosas, no podemos dudar de que sus caminos son rectos, y que siendo *“camino, verdad y vida”* (Jn 14,6), siempre podemos ir detrás de Él, buscando no otra cosa que no sea vivir en la claridad de su presencia, ya que **su Verdad es la base de toda confianza**. En esto sin duda, que el Papa Francisco ha sido muy claro: *“hay que mirar al Señor”*. **Confianza, significa saber esperar, no adelantarse a tomar decisiones movidos por el primer impulso**, sino que, a seguir adelante, sabiendo que, si la obra es de Él, no hay duda que Él mismo la llevará a término. Aquí es latente el deseo de hacer giros rápidos en medio de la tempestad, y no podemos olvidar que en medio de ella la barca siempre avanza.

Hemos de ***permanecer atentos***; puesto que, en la oscuridad de la noche, y en la dureza del frío, no podemos dejar de aguardar a los que buscan remedio, porque también nosotros hemos necesitado y seguimos necesitando de Él. Y, no obstante, la fuerza del invierno, la naturaleza cumple su ciclo, se renueva, y más allá de sus inclemencias, también permite volver a contemplar que, a pesar de todo el leño seco, pasado el frío, ***siempre hay posibilidades de abundante brote verde***.